



Acerca de la arquitectura moderna en Castilla-La Mancha

Víctor Pérez Escolano

En el Estado autonómico se ha tendido a comprender mejor la dimensión periférica de la cultura, también arquitectónica, de España. Para la arquitectura fue un precedente relevante la quiebra de la centenaria bipolaridad de las Escuelas de Madrid y Barcelona, con la creación en los sesenta de la de Sevilla y la sucesiva aparición de muchas otras. Aquella doble polaridad excluyente está dando paso a una comprensión de la pluralidad de los territorios españoles.

Pero ello no es óbice para que debamos reconocer dos cosas. Primero, que la heterogeneidad no debe ser opuesta al reconocimiento de la densidad y calidad distintas; y segundo, que esa mirada plural hacia los hechos de interés diseminados aquí y allá es una tarea aún muy incompleta que arrastra vacíos, olvidos y menosprecios, sólo superables con el respeto, la atención y el conocimiento desprejuiciado.

En las últimas décadas del siglo que concluye, con frutos más copiosos en los ultimísimos años, la miradas panorámicas han ido integrando trabajos y esfuerzos habidos a lo largo y lo ancho de la piel de toro y de sus islas. Sirvan de ejemplo en Castilla-La Mancha los trabajos de Pepe Rivero. Hoy conocemos mejor nuestra pluralidad arquitectónica, la respuesta dada en cada región a las corrientes y formulaciones presentes en el debate nacional e internacional. La movilidad de los profesionales que en épocas pasadas respondía al centralismo y la consiguiente dependencia en numerosas obras de carácter oficial, pero también de iniciativa privada, ha sido sustituida por una transferencia más natural de vínculos e intereses.

Sin embargo, a la hora de mirar hacia atrás y proponer una colección significativa de la producción arquitectónica española, las diversas experiencias recientes editadas en los últimos tiempos ofrecen un panorama de la pluralidad regional no siempre coincidente, selectiva a la hora de integrar los trabajos autóctonos y, por tanto, sujeto a críticas locales que, en el mejor de los casos, tratan de integrar con mayor énfasis la realidad del territorio. En las dos experiencias en que he tenido ocasión de participar en estos años, la del *Registro* del DoCoMoMo Ibérico y en la *Guía de Arquitectura. España 1920-2000*, del Ministerio de Fomento y Editorial Tanais, se ha tratado de obras colectivas, fruto de largos debates de un equipo de expertos, frente a las selecciones de "autor" llevadas a cabo simultáneamente por

Carlos Flores y Xavier Güell para la Caja de Arquitectos y por Antonio Pizza para Electa.

La selección llevada a cabo por el Comité de Registros del DoCoMoMo en pos de un primer elenco ibérico de obras relevantes de la arquitectura del movimiento moderno, convenido en período 1925-1965, ha concluido en las 166 obras reunidas en la publicación *Registro DoCoMoMo Ibérico. Arquitectura del Movimiento Moderno 1925-1965* (Barcelona, 1996). La única obra castellanomanchega recogida es el Motel El Hidalgo, en el término de Valdepeñas (Ciudad Real), obra de 1959 del arquitecto Antonio Lamela (pág. 157). Una presencia escasa y relativa al tiempo final del arco temporal establecido.

La escasez remite a una cierta veladura de aquellos territorios que no contaron con presencia institucional, básicamente los Colegios de Arquitectos, al no incorporarse a la organización del DoCoMoMo Ibérico coordinado por la barcelonesa Fundación Mies van der Rohe. Pero también es fruto de algunas limitaciones conceptuales que gravitaron sobre las decisiones finales respecto a lo que había que entender como arquitectura del movimiento moderno y lo que no. La más importante limitación se produce con los poblados de colonización, excluidos sistemáticamente del *Registro* en todas sus manifestaciones, por prevalecer, no sin fuertes discusiones, una idea negativa debido a las connotaciones de carácter populista en ocasiones adheridas a la imagen de tan importantes intervenciones en el medio rural español de los cincuenta y sesenta. No es casual que en el Primer Seminario del DoCoMoMo Ibérico celebrado en Zaragoza en noviembre de 1997 se presentaran dos comunicaciones sobre el tema. Con ello quedaba abierta una clara línea de revisión de lo que pueda llegar a ser una primera ampliación del Registro.

En Castilla-La Mancha existen algunos de los mejores poblados de colonización, proyectados por el arquitecto Fernández el Amo, el más prolífico en ejemplos interesantes diseminados por diversas cuencas hidráulicas de España. Villalba de Calatrava (Ciudad Real, 1955-57) y Cañada de Agra (Albacete, 1962-63) son reiteradamente valorados y, consecuentemente, han sido incorporados a la *Guía de Arquitectura. España, 1920-2000*, antes citada.

En dicha *Guía*, recientemente aparecida, también en versión

RESUMEN:

El autor, conocido arquitecto sevillano y colaborador en algunos de los últimos repertorios sobre arquitectura española, explica sus criterios a la hora de afrontar estas publicaciones. Comenta los utilizados para el Registro del Docomomo Ibérico y explicita las obras de nuestra región que aparecen en él. Lo mismo hace en un segundo momento con la Guía de Arquitectura de España 1920-2000, editada por el Ministerio de Fomento. Destaca en ambos volúmenes la inclusión de los poblados de colonización realizados en la postguerra, y comenta después obras significativas de las dos últimas décadas producidas por arquitectos de Castilla-La Mancha.



Instituto Laboral de Daimiel, de Miguel Fisac (1951).

CD-ROM, se recogen 767 obras seleccionadas por un Comité del que he tenido también la satisfacción de formar parte. En esta oportunidad no han gravitado consideraciones limitativas que no fuesen de calidad. Un conjunto no condicionado conceptualmente y más extenso del elenco y de límite cronológico, ha conducido a contar con quince obras seleccionadas en la región castellanomanchega, cuyas fichas han sido redactadas por José María Fernández Isla. Aparte del motel de Valdepeñas, figuran destacados Villalba y Cañada, pero también el Museo de Arte Abstracto (Rueda/Torner/Zóbel/Barja, 1963-66) en las Casa Colgadas (Alcántara, 1928-29) de Cuenca.

Talavera de la Reina actúa como una sintética expresión evolutiva de la arquitectura residencial entre los sesenta y los ochenta; desde la Casa Lucas Prieto (Saenz de Oiza, 1960) y la Casa Moro (M. de las Casas, 1964-71, 77) a la vivienda unifamiliar en la finca El Mecachón (Vicens/Ramos, 1986-88), pasando por otras dos obras importantes de los hermanos de las Casas, la Residencia de internas (1975-77) y el célebre conjunto residencial de Cabeza del Moro (1977-84).

En Toledo, por su parte, es reconocible el impulso generado por las administraciones públicas, destacando una de las más importantes actuaciones habidas en el programa de teatros en España en los últimos veinte años, la rehabilitación del Teatro Rojas (Tuñón/Rodríguez Nogueira/Iglesias, 1985-88), y la Consejería de Agricultura (hermanos de las Casas, 1989-93), sede autonómica a la que cabría contraponer el edificio para la Administración del Estado en Guadalajara (Mingo, 83-88). Otras obras toledanas presentes en la *Guía* son el centro de salud de calle Barcelona (Frechilla/López Peláez/Sánchez, 1989-93), el Centro Tecnológico de la Madera (Corrales, 1993-96) y, entre

los proyectos en el patrimonio arquitectónico de esta época tan brillante, la ampliación y rehabilitación del Castillo de Maqueda (Burillo/Lorenzo, 1984-87).

De los referentes utilizado para estas notas, cabe deducir el progreso de la arquitectura española de nuestro siglo, intensificado a partir de los sesenta, hasta su multiplicación reciente en numerosas manifestaciones por todo el territorio nacional. Pero no cabe dar más que por iniciado el debate sobre su compleja articulación territorial. En Castilla-La Mancha la primera modernidad ofrecería el hito de los primeros albergues de carretera de Arniches y Domínguez (Manzanares, 1929), seguido de esfuerzos locales como el desaparecido Cine Proyecciones de Ciudad Real (Vicente Labat, 1933); los cincuenta reclamarían una mejor estimación de la figura de Miguel Fisac, justamente ahora revisitado, con obras destacadas en su región como el Instituto de Daimiel (Ciudad Real); en los sesenta habría que considerar el trabajo de Antonio Fernández Alba, necesitado también de una más justa revisión crítica, con el Poblado de la Central Nuclear de Zorita (Guadalajara), obra de notable impacto internacional en su tiempo, García de Paredes, Cano Lasso o Higuera son importantes arquitectos con obra en Castilla-La Mancha, pero no se tiende a valorarlas entre las más significativas de su trayectoria. ¿Y los arquitectos de la Tierra? Autores ya citados con numerosa obra en la Región, como los hermanos de las Casas, han de verla reducida a la hora de sugerir una selección al visitante. Son la excepción. Y siempre quedará la asignatura pendiente de la estimación de los más jóvenes, tanto aquí como en todo el Estado, que han de esforzarse para hacerse un sitio en el trabajo profesional, y aún más para ser reconocidos. □